

EL CASO DE MANOLO EL BOMBERO O LA SUPLENCIA POR LA VIA DEL SINTHOME

Alex Droppelmann Petrinovic- Psicoanalista Unab (Chile) Viña del Mar

Palabras preliminares.

La presentación de este caso alude a la problematización que desarrolla Lacan a propósito de las estabilizaciones en las psicosis, teorizaciones que han sido abordadas ya sea directa o indirectamente en los Seminarios de Psicoanálisis que se realizan en la Escuela de Psicología de la UNAB, en el Campus de Viña del Mar. Muchas de las reflexiones suscitadas han alcanzado a las cátedras de la Universidad y han generado debates e intentos por avanzar en nuevas formulaciones. Una de las preguntas que se nos ha reiterado es acerca de los psicóticos que logran generar delirios que he de llamar “Urbanos”, los cuales se sostienen y por ende generan la estabilización concomitante en distintos sectores de la ciudad. Es como si la ciudad se permitiese albergar en algunos lugares, psicóticos que deambulan mal asujetados en su delirio pero que no obstante dan cuenta de un cierto anudamiento. Nudo que por vía del Sinthome permite a su vez generar un cierto lazo social en estos singulares sectores de la ciudad, lo que permite en cierto modo el reconocimiento de un cierto nombre, un adjetivo y un otro de la Escena.

Por otro lado, son las coordenadas urbanas espaciales las que en secuencias más o menos constantes permiten que se instale una cierta diacronía, que en algunos casos, (como lo es el de Manolo que expondré a continuación), permite sostener algo en el tiempo, lo que se logra inscribir como el patrimonio de cierta historia urbana o ciudadana. Es más, creo que podemos decir que hay ciertas locuras y locos que las encarnan que son algo así como del orden del patrimonio de la historia urbana de una ciudad.

De esos locos y sus locuras nos hemos ocupado últimamente para flexionar la teoría de Lacan respecto de las estabilizaciones. Esto ha hecho surgir el deseo de escribir un libro que contenga dichas historias y que prelude en su texto un debate acerca de ciertos aspectos complejos de su teoría. De ese deseo incipiente se deriva esta primera historia de Manolo el Bombero, la que intentamos transcribir aquí en un texto que permanentemente alude a ciertas cuestiones teóricas respecto del Sinthome que el caso convoca.

Acerca de la Teoría.

El intento así descrito nos obliga a avanzar en ciertas cosas teóricas y formular algunas incipientes observaciones a las que estos casos de estabilizaciones o *sinthomes urbanos* nos remiten.

Si se intenta seguir el camino trazado por Lacan respecto de las psicosis y sus problemáticas, desencadenamientos y estabilizaciones, se pueden establecer ciertos cortes históricos en su teorización.

En 1936, en su Tesis la problematización es en torno a las problemáticas de la constitución pre-édipica a partir del estadio del espejo. Su acento está puesto en la temática del proceso constitutivo, sin que inicialmente se juegue tanto el papel del Otro sino más bien la problemática del Ideal.

En 1946, en “Acerca de la causalidad psíquica”, si bien se decantan las primeras formulaciones, la locura queda situada en el lugar del Ideal en tanto opera como el límite a la libertad. Es cierto que este límite, con lo que más adelante se puede formular como Real, es la marca de la locura. Tampoco es menos cierto que en la trastienda de ese Ideal circula la locura como un umbral de la sublimación poética o artística. la que se oculta en el reverso de el Ideal.

En 1956, en el Seminario III “Las Psicosis”, Lacan introduce al Otro en el lugar del Ideal. Ya no es un problema de la especularidad y del Ideal de la imagen sino más bien se trata del Otro en el lugar del Ideal. Al mismo tiempo se juega el rol del Otro en el desencadenamiento de las Psicosis.

La dirección de la cura se articuló en enfatizar la producción de una prótesis simbólica y sin abandonar el imaginario hubo intentos de producir esa prótesis por la cuerda de ese registro, ya sea

supliendo un déficit en la esquizofrenia o reduciendo un exceso en el caso de las paranoias. En sus excesos se hicieron intentos por fomentar los trabajos con barro de modo de generar un cuerpo imaginario a los psicóticos.

No obstante, Lacan en 1958, insiste en los Escritos, en el texto “ De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las Psicosis” , ya no en la temática dominante de la proyección sino en la pregunta que instala en la psicosis, la cuestión de la respuesta que esta articula en el lugar de una pregunta que le resulta imposible : ¿quién soy yo?.

En el Seminario XI, Lacan se refiere a las psicosis infantiles ligadas a la problemática del fantasma y no como una mera expresión sintomática. Los aportes giran en torno a los temas esbozados en este intento de exégesis histórico y esclarecen u obscurecen su debate según sea la lectura de cada cual.

Es en 1976, en la presentación del Seminario sobre Joyce “ El Sinthome”, donde a mi entender se formula una diferencia respecto del tema de la estabilización. Es el advenimiento del cuarto nudo, el de suplencia, el que viene a poner claridad y permite nuevos giros en la conceptualización de las psicosis. Es la formulación del yo como remiendo, la fabricación de un yo por parte del psicótico mismo.

Recapitulando podemos pensar que en 1956 Lacan le otorga peso teórico a la función del delirio como forma de estabilización imaginaria. Lo que retorna como alucinación o producción alucinatoria. Lo que en 1946 había formulado como Acto estabilizador, pensado como corte, aquello que restituye o estabiliza a partir de un corte en Acto, que detiene a la psicosis, (Caso Aimeé y de las hermanas Papin), ahora se puede entender como producción en el tiempo, como intento de construcción del sin-sentido en medio de un sentido infinito.

Quedan situados de este modo, tres conceptos de los cuales nos vamos a tomar, el de la dispersión , el del acotamiento en el delirio y el de la reunificación en Acto. Es decir el desanudamiento, su dispersión y la reunificación por la vía del anudamiento.

Lo anterior plasma en 1976, en el “Sinthome”, a partir de la problemática de hacerse un nombre que reunifique la dispersión .

En nuestros casos de “locura urbana” vamos a introducir dos problemáticas cruciales, la primera determinada por el Acto de hacerse un nombre, (Acto de nominación), y la segunda por el intento de hacerse nombrar, (Acto de sostenimiento por el otro social). Ambas puntadas necesarias a la construcción de un nudo, (una suplencia simbólica, la otra un sostén imaginario).

Es así como el Acto de nominación debe reiterarse en dos niveles, por un lado por la producción de un delirio “razonable” al otro social de modo que se le haga funcional y tolerable. De ser así habrá apelación a ese nombre, ratificación y sostén en el tiempo. Esto introduce la coordenada del tiempo que es consustancial a la estabilización, (Sincronía al menos), y apela en tanto tiempo a la categorización del espacio necesario a este tipo de estabilizaciones urbanas.

De este modo, los psicóticos urbanos en un Acto de corte, se estabilizan a partir de hacerse un nombre que se sostiene en la geometría de un delirio, que portan y comparten en el espacio de un barrio o sector de su ciudad, dónde el otro del semejante lo acompaña en dicha acción delirante que permite al psicótico ser demandado a ese lugar. Para que esto ocurra, y dada la fragilidad de los anudamientos supletorios, esto provoca que el Sujeto deberá sujetarse reiterativamente, de modo consistente en el tiempo y el espacio, para de ese modo generar los vértices de reconocimientos posibles que le permitan tener una socialización de su locura. Un tiempo y un espacio en la trama de su ciudad. Delirios que portan el nombre de una locura, que al hacerse urbana, ocupa un dislocado lugar en la cultura del barrio o de la ciudad que la alberga.

El caso

Un grupo de niños comparte la calle de un barrio de su ciudad entre juegos, risas y fantasías. De pronto, un sonido que imita a una sirena se impone desde lejos. Es Manolo el Bombero que erguido e impecablemente vestido de terno transita en su bicicleta, una Raleigh negra envidiada por todos los niños del sector. Sus pantalones vienen tomados por unos perros de colgar ropas, en lo demás nada remite a la locura. Se acerca Manolo en la continuidad de un pedaleo perpetuo y hace sonar la bocina de fuelle de perilla con su corneta cromada. Los brillos de los cromos de su bicicleta inundan de luces y reflejos las sombras que arrojan unos árboles vetustos que se alinean en la vereda de un caluroso verano.

Manolo nos observa de reojo con una mezcla de orgullo infantil, esperando la interpelación que sale de las gargantas de un coro de niños como respuesta a los tonos de su sirena: ¿Vas o vienes de un incendio Manolo?. La respuesta es siempre la misma: Manolo va y viene.

Recorre Manolo de punta a cabo la ciudad en un circuito permanente, irreductiblemente fiel en su trazado. Podemos decir incluso que no se desvía ni un ápice para de ese modo no perderse.

De las Salinas, al Regimiento Coraceros en quince Norte, por calle Libertad hasta uno Norte, cruza el puente, gira finalmente la plaza de Viña para rematar en su cuartel, en la Cuarta Compañía de Bomberos de Viña del Mar. Allí descansa y comparte Manolo, su bicicleta estacionada junto a las antiguas bombas guardadas relucientes como reliquias y a la más nueva, a aquella que ha sido donada por quizás que Institución o País extranjero. Es paradójal hacer notar aquí que los Bomberos en Chile se constituyen sólo por donaciones.

El circuito se reinicia por calle Valparaíso hasta San Martín por dónde llega a las Salinas y así sucesivamente.

A veces hace viajes más largos, fuera de circuito, pero ello es algo extraordinario, un suceso ocasional.

El recorrido de Manolo está plagado de saludos y reconocimientos, la gente de su ciudad ha aprendido a querer a Manolo, en cierto modo cuando este enferma o deja de circular algunos días: hace falta.

Manolo perdió a su padre en un accidente en el Mar, siendo Manolo muy joven el padre muere ahogado. Se cría Manolo en el hogar con unas tías socialmente reconocidas y de buen pasar económico. De cuando se hizo bombero no se sabe mucho, como tampoco de dónde proviene la bicicleta. Hay muchas otras cosas que se ignoran en la vida de Manolo, sólo ha persistido en la memoria de los habitantes de su ciudad la historia que aquí se recoge: Un nombre, un delirio, un recorrido, un ritmo temporal de ese reconocimiento y los muchos hitos dónde se efectivizaban los saludos y reconocimientos.

Pedalea Manolo sin detenerse en un intento de producirse en Acto, sin parar va produciendo y produciéndose en el juego de presentaciones y reconocimientos. Acto de nominación y de interpelación desde los otros a ese nombre propio. Al parecer si este se detuviese, algo dejaría de producirse.

Pedalear (trabajar) para ser, recorrer los lugares que lo constituyen para ser, en cierto modo no parece ser, ... algo muy apartado de la cordura.

Los Domingos el recorrido de Manolo, su circuito, se permite algunas variaciones, esto posibilitado por los requerimientos que le hacían los feligreses de la Misa de los Carmelitas para que descendiera de sus bicicleta y compartiera algunas golosinas en calle Libertad. Eran Domingos de mediodía dónde yo solía acompañar a mis abuelos a misa, ilusionado más que por la promesa de los perdones que Dios me podía conferir, por el paquete de barquillos que me regalaban a la salida como premio a la piedad demostrada en la liturgia. Los barquillos eran de una masa parecida a la hostia que recibiría el día de mi primera comunión según me lo hacía creer mi abuela que no escatimaba esfuerzos para mi salvación.

Lugar de encuentro, de cruces de encuentro social, la salida de la Iglesia daba lugar a Manolo quién recibía al igual que los niños como nosotros, paquetes de barquillos que devoraba con igual devoción.

Manolo demostraba su piedad “pidiendo”, pero no precisamente a Dios sino más bien a los otros, algo así como una moneda o en el mejor de los casos, según había sido el grado de piedad o culpa por la cuál el sermón había tomado al feligrés, un billete de esos de cinco pesos de un color azul celeste. De esos que servían para comprar un helado e invitar.

Manolo era requerido por los asistentes para que hablara de la cantidad de incendios a los que había concurrido y el nombraba, (era una manera de signar socialmente a los otros que esperaban por tal distinción). los incendios de la señora Mercedes en siete Norte, la de doña Raquel en calle Quillota, el incendio de don Gonzalo en calle Libertad, todos lugares dónde Manolo había sido invitado a compartir alguna comida , había recibido algún regalo de algún tipo o simplemente había sido reconocido de un modo especial.. Algo así como... “favor con favor se paga”.

En otros momentos los apellidos de las familias se sobreponían a los nombres y los incendios a los que había concurrido pertenecían a los Santibañez, a los Urenda, a los Donoso.

Comercio de nombres y apellidos que el portal de la iglesia favorecía los Domingos dónde Manolo por momentos se convertía en uno de los muchos protagonistas. Manolo el Bombero requerido por el otro, por la multiplicación de otros que lo reconocían al interpellarlo como Sujeto. Como bombero del carro bicicleta, como bombero de la Cuarta Compañía , como aquél que había respondido durante la semana al llamado de algunos de los cuales en este Acto nombraba.

Concurría de este modo a los llamados del otro Manolo, respondía a sus saludos e intercambiaba nombres y reconocimientos para aquellos que le habían donado algo.

En su bicicleta, si bien no portaba mangueras y pitones, (esos estaban en otro lugar, el del cuartel, allí dónde impera la ley de la jerarquía, dónde se instala un orden posible), esta no dejaba de lucir y encandilar la mirada del otro. Especialmente los niños nos quedábamos fijados a esa Bicicleta marca Raleigh, de color negro reluciente, con sus cromados que como espejos multiplicaban los brillos de esa luz de mediodía. Muy distintos los cromados de la bicicleta de Manolo a la pintura color aluminio de las nuestras, con la cuál en vano habían intentado recubrir el moho que testimoniaba que esta había sido antes del hermano mayor.

La de Manolo era donación de una señora de abolengo, herencia de un padre muerto o del esfuerzo comunitario de las Monjas de la Avda. Colón en Valparaíso.

De cualquier modo, se exponía la bicicleta a la mirada de los otros, reluciente, extremadamente limpia, brillante como el brillo que se reflejaba en los cantos de su nariz.

Los niños, en un acto de transgresión después de una mañana tan meritoria, jugábamos a desafiar los resguardos y la vigilancia de Manolo tocando la bocina de fuelle anclada en el manubrio. Era el viejo juego de tocar y arrancar. Producir un cierto ruido y arrancar. Más tarde fueron los timbres de las casas. Algunos más perversos incluso llegaron a llamar a los bomberos a la casa del vecino, y escondidos, gozaron del estupor y la estridencia de los carros bombas que en esos días concurrían prestos a socorrer al semejante.

Manolo manoteaba y daba palmazos a diestra y siniestra defendiendo su bicicleta de las impudicias de estos niños, a los que no obstante en la semana , lejos, fuera del alcance de su bicicleta bomba, saludaba con amabilidad y les obsequiaba sus mejores ululaciones de sirena.

Manolo, el Bombero , responde a los llamados de los habitantes de su ciudad.

Manolo atado a las calles, a los espacios y los circuitos de las calles de su ciudad. Manolo se reconoce en ellos en el Acto de recorrerlos. Anudamiento que al modo de un andar perpetuo pedalea Manolo sin tregua en esto de sostener un nombre: el de Manolo , un apellido: el de Bombero y un lugar: la Cuarta Compañía de Bomberos.

Operatoria de una suplencia el pedalear de Manolo que recorre el nudo del Sinthome, un modo de suplir aquello que no se anudó en la estructura.

Viña del Mar es ciudad continua y contigua con Valparaíso.

Manolo eligió una compañía de Bomberos de Viña del Mar, en Valparaíso hubiese elegido quizás la primera, o tal vez allí la opción hubiese sido la segunda compañía ya que la tercera, de esa nunca supo acerca de en que lugar estaba. Probablemente no hubiese tenido lugar allí. Quien sabe.

Se quedó en la “Cuarta” que como cuarto nudo le prestó la suplencia que a Manolo se le hacía necesaria, para como Bombero transitar su vida de mejor modo que como un “loco suelto”.

A esos los amarran en las instituciones. De eso Manolo se quiere librar aunque tenga que pedalear fuerte para ello.

Han pasado 35 años, Manolo no transita las calles de su ciudad. El ulular de su sirena, su voz hecha objeto no rompe el silencio de los juegos de los niños en los barrios de mi ciudad.

Reanudo a mi vez los hilos de una historia por momentos perdida, me contacto con un familiar de Manolo y me entero que este se encuentra en un hospicio de Limache, un pueblo cercano a Viña del Mar. Este hospicio se llamó inicialmente “La paz de la tarde”, hoy ha cambiado por el de “Hospital Geriátrico”, en cierto modo una metáfora del miedo para nombrar la locura.

De cualquier modo, habitan locos y viejos en un espacio que se parece a las viejas casas de campo, esos lugares con jardines un poco silvestres, parrones y muchos lugares de sol.

Allí encuentro a Manolo, al que inicialmente cuesta ubicar en el hospital por su nombre, hay otros nombres que se le parecen, no sólo la bicicleta lo ha abandonado, también el nombre de un oficio imaginario pero veraz en lo simbólico, el de bombero de la Cuarta Compañía también lo ha dejado a los avatares de un Manuel más del hospital.

Paradójamente Manolo ya no camina, o cuando lo hace esto es difícilmente, se moviliza en silla de ruedas. La silla no es un carro de bombas esta vez, no hay sirenas, incluso de aquellos días le quedan muy pocos recuerdos.

Manolo no obstante, ha dado puntada en el hilo de nudo de otra suplencia.

La Cuarta Compañía se ha desplazado hacia el amor platónica hacia una mujer connotada. Con una fidelidad que asombra, nos remite a una caja de cartón donde guarda los recortes con fotografías de ella, extraídos de los periódicos de los tiempos en que esta fue la mujer de Gonzáles Videla, uno de los presidentes de la República de Chile.

Se trata de Mitty Markman la esposa de Gabriel Gonzáles Videla cuya figura plasmó en él una marca que retorna con los años y le permite, una vez perdida la bicicleta, hacer una nueva suplencia. Una por vez, la metáfora falla en esto que sustituye todo, de lo otro no queda sino un rasgo, plasmado en la historia que el narra respecto de cómo conoció a una mujer tan emblemática.

En una visita que realiza el por entonces primer mandatario del país, aterriza en el aeródromo de el Belloto distante 20 kms. de Viña del Mar. Acuden a saludarlo las autoridades de la ciudad, incluido el Cuerpo de Bomberos que por esos días constituía una presencia inexcusable en cualquier honor social. Manolo pedalea fuerte en su bicicleta, las pequeñas cuestas, las bajadas y subidas que separan Viña del Mar de este pequeño aeropuerto y se presenta flamante con su bicicleta perfectamente lustrada a esta cita tan ilustre.

Advertido el presidente de la presencia de Manolo junto a los Bomberos de la ciudad y de cómo este se había desplazado en su bicicleta, le comenta esto a su mujer quién le saluda especialmente y lo distingue en su lugar de bombero.

Fue ese reconocimiento el que deja la marca en Manolo, de modo que cuando se desvanece la posibilidad de seguir siendo el bombero, lo invade (según cuentan) una profunda melancolía de la cual sólo se recupera cuando ordenando sus pocas pertenencias encuentra una foto de Mitty Markam, la mujer del presidente. Encarga a quien le visita fotos de la señora Mitty, algunos incluso cuentan que alguna vez ella lo visita, otros dicen que fueron las hijas. De cualquier modo el ha juntado una cantidad de fotografías importantes de cómo el dice : “la señora Mitty” .

Interpelado por su vida de bombero nos enseña que en esto de los nudos de la suplencia el Sujeto puede con un nudo a la vez. No hay suplencia por encima de la suplencia. Un sólo nudo a la vez aunque la historia que el mismo narra nos entrega la traza de la asociación que desplaza el delirio de ser una bomba de la Cuarta Compañía de Bomberos al culto de una mujer, una gran señora.

Suplencias sostenidas en el cabo de un delirio, que si bien no son grandes cosas, lo son suficientes para que exista un cierto reconocimiento, un cierto soporte desde el otro social y un cierto nombre que lo soporte : Manolo ; un adjetivo que lo singularice : el bombero o el novio; un lugar que diga del otro : la Cuarta Compañía o la Señora Mitty.

Manolo al irnos nos “pide”, como hace 35 años lo hacía con mis abuelos a la salida de misa, esta vez un billete. Al parecer las monedas no sólo pierden su valor como objeto sino también a nivel significativo. Mi abuela comentaba que Manolo jamás pidió una chaucha, siempre lo hizo de un peso para arriba.

Supo pedir Manolo y aún lo hace, quizás fue la fortaleza de su demanda la que lo hizo pedalear fuerte por la ciudad, dejar su traza, construir una historia, darse un nombre (algo así como la elección de un yo al decir de Lacan), suplir la ley de un padre ausente por la ley de los brillos, de los uniformes y las jerarquías. Atarse en los bordes de la filigranas de galones, preseas y medallas y lograr ser reconocido por esta Institución.

Manolo fue reconocido en un Acto simbólico de la Cuarta Compañía de Bomberos como miembro colaborador del cuerpo, (demás esta decir que el siempre se ofreció a cumplir pequeñas labores en el cuartel). En dicha oportunidad se le obsequió una insignia de la “Cuarta” que las manos generosas del mecánico de la bomba incrustaron en la parte delantera de su bicicleta.

Así, este se ocupaba en justicia de la mantención de todos los vehículos de la compañía.

Así, la “Cuarta” generó la suplencia necesaria, le dio un cierto soporte y una ley a respetar, una honra a mantener y un emblema a portar.

Manolo aportó una fidelidad infinita que sólo desplazó al final de su vida , (cuando las piernas no pudieron soportar el pedaleo), a una mujer que no obstante lo reconoció un día en el lugar del bombero , ni más ni menos que la esposa del representante máximo de la ley :el presidente de la República.

Manolo habita el recuerdo de los habitantes de mi ciudad, los niños que lo saludaban portan canas, muchos de los feligreses de la limosnas de los Domingos están muertos, pero la figura de Manolo recorre el recuerdo de muchos, montado como quijote en su bicicleta negra, haciendo sonar su bocina de fuelle y rompiendo el aire con la estridencia de su sirena humana.

Asujetado en su bicicleta aún responde acerca de si va o viene de un incendio. La respuesta no importaba, ya que era precisamente el ir y venir por las calles de la ciudad , es decir el recorrido el Acto perpetuo que lo anudaba a una cierta subjetividad.

Manolo el Bombero...hoy el novio.

¿Podría haber devenido alguna vez en novio sin haber sido antes un bombero?

Alex Droppelmann Petrinovic

Psicólogo Clínico - Psicoanalista

Bueno, al fin y al cabo , es tradición, o quizás un uso o sólo una costumbre, la de los bomberos de ponerse de novios de viejos...muchos de ellos siguen solteros como Manolo.

Soltero que no suelto...anudado en la precariedad de la suplencia que le aporta el Sinthome.